REVISTA DE HUMANIDADES

ANÁFORA

ARTE IMPOSIBLE
Mya Karolina Espinoza Velásquez

HASTA SIEMPRE, COMPAÑERO
Sofía Cabral Vargas

ALBOR
Danna María Álvarez Acuña

PRINÇIPIO DE LÁUD
Mireya Castellón Michel



AÑO 5, NO. 10 - VIII CONCURSO DE CUENTO INTERPREPAS 2025

Año 5, Número 11, mayo de 2026
Escuela Preparatoria, CETYS Universidad
Coordinación de Humanidades
Tijuana, Baja California

D. R. Los autores
D. R. Coordinación de Humanidades,
CETYS Universidad

Directora de Preparatoria
Mtra. Marilú Castro Lizola

Coordinador de Humanidades
Mtro. Cruz Alberto Nogales Bernábe

Edición y diseño
Mtro. Nicolás Augusto Blanco Hernández

Ilustración de cubierta: La señora del globo,
por Nicolás Blanco

Arte imposible
Mya Karolina Espinoza Velásquez 04

Hasta siempre, compañero
Sofía Cabral Vargas 08

Albor
Danna María Álvarez Acuña 10

Principio de Láud
Mireya Castellón Michel 12

PRESENTACIÓN

Estimado lector: Este número está dedicado a celebrar la narrativa breve de nuestros escritores adolescentes, estudiantes de la Educación Media Superior; albergando los textos ganadores del VIII Concurso de Cuento Interprepas 2025.

El certamen reunió a más de 30 talentos de distintas preparatorias de nuestro Estado, demostrando que la literatura sigue siendo un espacio seguro y reconfortante para la juventud. Para esta edición, hemos compilado los tres primeros lugares del concurso que destacan por su gran sensibilidad, además de un texto con mención honorífica que resalta por su creatividad.

Extendemos una felicitación a los autores y a sus docentes guías, así como a sus instituciones educativas. Esperamos que disfruten de estos cuatro relatos que, sin duda, tienen mucho que decirnos.

Atentamente:
Comité organizador.

ARTE IMPOSIBLE

Mya Karolina Espinoza Velásquez

PRIMER LUGAR

VIII Concurso de Cuento Interprepas 2025

El aire en Coyoacán tenía un aroma que mezclaba jacaranda con secretos de antaño. Entre calles de piedra y casas de la época colonial, Elena estaba rodeada de colores y sonidos. Sus ojos oscuros mostraban la fuerza de su alma, hecha con las costumbres y el arte de México. Cada vez que trazaba algo en su taller de alebrijes, era como rezar, como escuchar a sus ancestros, y como demostrar que creía en la magia de todo ser vivo.

En medio del ajetreo de un mercado de artesanías, sus ojos se cruzaron con los de Marco. Él era todo lo contrario a ella: alto, pelo rizado color café y ojos verdes como el mar de Italia. Marco era un restaurador de arte de Florencia y había ido a México para cuidar unos viejos dibujos en una iglesia. Su mundo era el arte del Renacimiento, el mármol brillante y la historia de Europa.

Al conocerse, fue como si chocaran dos planetas. Elena, con las manos pintadas y su chalina llena de color, lo regañó por casi tirar una de sus obras. Marco, que siempre había estado en galerías serias, se quedó sin palabras ante su energía y su forma de hablar. Él se disculpó torpemente, ella sonrió de repente y así se hizo la magia. Se quedaron horas hablando, sentados en un banco bajo un árbol. Él se asombró con sus cuentos de animales fantásticos y dioses, y ella se emocionó con sus descripciones de Miguel Ángel y la familia Medici.

Los días pasaron volando y se dieron cuenta de que querían saber todo el uno del otro. Marco llevó a Elena a museos y le contó la historia del arte antiguo, y ella lo llevó a mercados llenos de color y sabores deliciosos. Ella le enseñó a sentir los sabores del chile, a seguir el ritmo de los mariachis y a entender los dichos de la gente. Él le leyó a Dante bajo la luna, le cocinó pasta como su abuela y le mostró los gestos de los italianos.

Se enamoraron con locura, como dos ríos que se juntan después de pasar por lugares distintos. Se amaban con miradas, con pequeños roces y con silencios bajo las estrellas de la Ciudad de México. Aunque sus mundos eran muy diferentes, eso los atraía aún más, como si cada uno fuera la pieza que le faltaba al otro.

Pero tanta felicidad no podía durar para siempre. La familia de Elena, muy apegada a sus tradiciones, veía a Marco con curiosidad y duda. Su abuela, doña Remedios, una mujer muy sabia que veía más allá de lo evidente. Es un buen hombre, mi niña, le dijo una vez, pero su corazón está en otro lugar, y el amor no siempre es suficiente para cruzar esas distancias tan grandes.

La familia de Marco vivía en Florencia, donde las tradiciones son muy importantes. Su padre, el Señor Bianchi, un famoso historiador de arte, tenía planes para su hijo: un buen puesto en la Galería Uffizi y casarse con Isabella, la hija de una familia adinerada de Florencia, para que los Bianchi tuvieran más poder. No aceptaban que Marco se enamorara de una extranjera de un país tan lejos y tan raro y caótico como México.

Todo se complicó cuando el Señor Bianchi llamó a Marco. Su tono era frío y su voz sonaba como una orden. -Marco, ya está todo listo para tu boda con Isabella.-

-Regresarás a Florencia en un mes. Fin del tema-. La noticia los golpeó muy duro. Elena sintió que se caía el mundo. ¿Una boda? ¿Una vida planeada sin ella?

Marco trató de explicarle a su padre. -Papá, no puedo. Amo a Elena. Mi vida está aquí.-

-¡Tonterías! Es un capricho, Marco. Una distracción. ¿De verdad crees que una mujer sin estudios, que hace figuritas de madera, puede ser una esposa para un Bianchi? ¿Qué dirá la gente? ¿Qué dirá Isabella?-

Las palabras de su padre lastimaron a Elena más de lo que Marco imaginaba. No valoraba su arte, despreciaba su cultura y negaba su amor. Se sintió como un alebrije roto, sin color.

El tiempo se acababa. Cada día que pasaba, se acercaba la fecha en que Marco debía regresar, y con ella, la idea de separarse se hacía más grande. Intentaron luchar. Marco le propuso a Elena que se fuera con él a Florencia.

-Viviríamos juntos, mi amor. Te mostraría mi mundo, mi cultura. Podrías seguir haciendo tu arte allá.-

Elena lo miró con una tristeza que venía de sus ancestros. -Marco, tu mundo no es el mío. ¿Crees que mis alebrijes tendrían éxito en una galería de Florencia? ¿Crees que podría vivir sin el olor del copal, sin escuchar a la gente hablar náhuatl, sin probar el mole? Me sentiría ahogada. Y tú… ¿Podrías vivir aquí, lejos de tu arte, de tu historia, de tu familia?-

La verdad era como un cuchillo. Los dos sabían la respuesta. Eran como dos árboles con raíces muy profundas en tierras diferentes, y si los cambiaban de lugar se morirían.

La situación se puso tensa. Las pláticas con la familia de Marco se convirtieron en discusiones. El Señor Bianchi amenazó con quitarle su herencia, arruinar su carrera y negarle todo tipo de ayuda económica si no cumplía con sus obligaciones. Marco, que era un hombre bueno, pero que había crecido obedeciendo y respetando a su familia, se sentía atrapado.

-¿Qué voy a hacer, Elena? No puedo perderlo todo. Pero tampoco puedo perderte a ti.- Su voz se quebró y se veía lo frustrado que estaba.

Por otro lado, Elena sentía la presión de su propia familia, que no decía nada, pero que la hacía sentir mal. Su abuela, aunque la quería mucho, le recordaba que era importante casarse con alguien de aquí, que entienda nuestras costumbres, que no te aleje de tu tierra y de tu gente. Las miradas de sus tías y los comentarios sobre el extranjero que solo venía a jugar con ella la hacían sentir que estaba traicionando sus raíces.

Una noche, mientras llovía como llanto sin suspiros, se encontraron en el taller de Elena. Se sentía la desesperación en el aire. Los alebrijes perdieron su color, hasta llegar a la oscuridad.

-No podemos seguir así, Marco- dijo Elena casi en un susurro. -Esto nos está matando. Nos estamos haciendo daño. Nuestras familias… nunca lo aceptarán. Es un abismo, no un puente.-

Marco se arrodilló frente a ella, temblando. -No digas eso, Mi amor. Siempre hay una solución. Nos escaparemos. Nos iremos a otro lugar, donde nadie nos conozca, donde podamos ser solo nosotros.-

Elena negó con la cabeza y empezó a llorar. -¿Y renunciar a todo lo que somos? ¿A nuestras raíces? ¿A nuestra identidad? No seríamos nosotros mismos. Seríamos dos personas perdidas en un lugar extraño, sin lo que nos da vida. Tú eres de Florencia, Marco. Yo soy de esta ciudad. Y eso no va a cambiar.-

El silencio que siguió fue más fuerte que la tormenta. Era el sonido de dos corazones que se rompían y de un sueño que se desvanecía. Parecía que el amor, por más fuerte que fuera, no podía vencer las tradiciones y la distancia cultural.

-Tenemos que ser realistas- continuó Elena con voz firme, aunque triste. -No podemos seguir lastimándonos. Tu padre tiene razón. Mi abuela tiene razón. Esto es imposible.-

Marco sintió tanto frío. Las palabras de Elena eran como sus propios miedos, como las voces que le decían que su amor no era posible. Se levantó con los ojos llenos de lágrimas. Los ojos oscuros de Elena mostraban la misma tristeza.

-Entonces… ¿Esto se acabó?- Preguntó Marco, casi sin poder hablar.

Elena asintió con una lágrima en la mejilla. -Sí, Marco. Se acabó. Pero no porque no nos amemos, sino porque nos amamos demasiado. Porque te amo demasiado como para dejar que arruines tu vida por mí, y me amo demasiado como para arruinar la mía por ti. No podemos obligar a que algo funcione.-

Con cada palabra, una parte de su alma se rompía. Marco la abrazó por última vez, un abrazo desesperado para tratar de evitar lo inevitable. El olor a pintura y a tierra de Elena se quedó en su memoria, como un recuerdo doloroso pero hermoso.

Al día siguiente, Marco se fue. Elena lo vio desde la ventana de su taller con el corazón destrozado. Parecía que la Ciudad de México lloraba junto a ella, lloviendo sin cesar, pero no su dolor.

Los meses siguientes fueron muy difíciles. Elena se refugió en su arte, sus alebrijes se volvieron más oscuros y mostraban la tristeza que sentía. Marco regresó a Florencia y se casó con Isabella. La boda fue lujosa y ayudó a su familia a tener más poder. Pero su sonrisa era falsa y sus ojos mostraban su tristeza. Restaurar dibujos

antiguos se había convertido en un trabajo sin sentido, sin la alegría que Elena le había dado. Isabella era hermosa, inteligente y de su mismo mundo, pero no podía llenar el vacío que Elena había dejado.

Pero a veces, el destino no es el esperado…

Un año después, se organizó una exposición de arte popular mexicano en el Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México, con obras de artistas importantes. Elena fue elegida para mostrar varios de sus alebrijes más grandes y complicados, que contaban historias de dolor y renacimiento.

Por casualidad, el Señor Bianchi fue invitado a dar unas charlas sobre arte colonial en México como parte de un intercambio cultural entre museos. Marco lo acompañó a regañadientes, por obligación familiar. La noche de la inauguración de la exposición, el Museo Nacional de Antropología estaba lleno de gente. Elena, nerviosa, pero orgullosa, les explicaba su trabajo a los visitantes. De repente, escuchó una voz conocida detrás de ella.

-Tus alebrijes… son más hermosos que nunca, Elena.-

Se dio la vuelta y vio a Marco, con el Señor Bianchi a su lado. El tiempo no había cambiado sus ojos verdes ni el dolor que su ausencia había dejado en el corazón de Elena. Se sorprendió, sintió tristeza y una pequeña esperanza al mismo tiempo.

El Señor Bianchi se dio cuenta de la reacción de su hijo y se detuvo a observar la obra de Elena. Sus ojos, que antes juzgaban, ahora mostraba una curiosidad profesional que antes no había tenido. Se acercó a los alebrijes.

-Fascinante… la técnica, la historia. Son obras muy fuertes- murmuró el Señor Bianchi mientras examinaba un jaguar con alas. -Esto no es solo una artesanía, Marco. Esto es… arte.-

Elena no podía hablar. Marco sentía su corazón latir muy rápido. Vio algo diferente en la cara de su padre, algo que no había visto antes: respeto, tal vez asombro.

La noche continuó. El Señor Bianchi, para sorpresa de todos, se interesó en la explicación de Elena sobre las creencias que inspiraban sus creaciones. La escuchó con atención e hizo preguntas inteligentes. Poco a poco, fue dejando de lado su ignorancia y sus prejuicios.

Días después, Marco y Elena se encontraron a solas en un pequeño café del centro. La conversación fue tensa y llena de emociones nunca dichas. Él le contó sobre su matrimonio, sobre lo aburrida que era su vida en Florencia y sobre cómo pensaba en ella todos los días. Ella le contó sobre su soledad y sobre cómo su arte era su único consuelo.

-Isabella… es una buena mujer- dijo Marco casi sin que se le oyera. -Pero no eres tú. Nunca lo serás.-

Elena sintió un escalofrío. -Marco, estás casado. Yo… no puedo.-

Pero algo había cambiado. El Señor Bianchi había empezado a dudar. La exposición de Elena viajó a varias ciudades de Europa, incluyendo Florencia, donde tuvo mucho éxito. El Señor Bianchi asistió a la inauguración en su ciudad y escuchó los elogios de los críticos y coleccionistas. Vio cómo el arte de Elena emocionaba a la gente y cómo sus alebrijes superan las diferencias culturales.

La presión sobre Marco empezó a disminuir. Su padre, en un momento de sinceridad, le confesó: -Marco, me equivoqué contigo. Y con ella, y su arte compartido, no habrá ningún obstáculo… a veces los padres no entendemos el amor.-

Por otro lado, la situación con Isabella se había vuelto insoportable. Ella era una mujer inteligente y se había dado cuenta de que Marco no estaba presente, ni física ni emocionalmente. Entendió que su matrimonio era una farsa, una unión por conveniencia, sin amor. Con mucha dignidad, le propuso que se separaran, ya sabía que él amaba a otra persona.

Elena se enteró de la separación de Marco por un mensaje, semanas después de la exposición. Su corazón latió con una esperanza que creía haber perdido.

Marco regresó a México, esta vez sin la presión de su familia, solo con la necesidad de encontrar su propio camino. Se volvieron a encontrar en Coyoacán, bajo el mismo árbol donde todo había empezado.

-Mi padre me dio su permiso, Elena- dijo Marco con los ojos llenos de alegría. -No para que vuelva a Italia, sino para que sea feliz. Me dijo que el verdadero arte es el que une a las personas y que el amor es el arte más grande. Isabella y yo nos hemos separado. Ella lo entendió.-

Elena escuchó con el corazón lleno de alegría. La imposibilidad que los había atormentado se desvanecía como la niebla al sol.

-Pero nuestras raíces, Marco…-

-No tienen por qué separarnos, mi amor. Pueden ser nuestra fortaleza. Podemos construir un puente, no solo de piedra y mármol, sino de respeto y comprensión. No tienes que venir a Florencia para sentirte ahogada, ni yo tengo que quedarme aquí para perder mi esencia. Podemos crear algo nuevo, algo nuestro.-

Y así fue. Con el apoyo de su arte, y lo valiosas que eran sus culturas, Elena y Marco encontraron su propio camino. Marco abrió un pequeño taller de restauración en Coyoacán, donde usaba sus conocimientos de arte antiguo y la energía del arte mexicano. Elena amplió su taller y creó alebrijes que tenían elementos del arte del Renacimiento, figuras fantásticas que combinaban el estilo de Florencia con los colores de México.

No fue fácil. A veces dudaban y echaban de menos sus tierras. Pero cada vez que Marco veía a Elena pintar con pasión, o cuando Elena lo veía dar vida a una obra antigua con cuidado, sabían que habían encontrado su verdadero hogar: el uno en el otro.

Se casaron en una ceremonia que unió sus mundos: un altar con flores y lirios, música de mariachi y canciones italianas, tamales y pasta en la mesa, y el Señor Bianchi bailando con Doña Remedios, con una sonrisa de complicidad.

El puente de piedra y mármol que parecía imposible de construir se hizo realidad, no sobre un abismo, sino sobre el amor, el respeto y la comprensión de que las diferencias no separan, sino que enriquecen, cuando se está dispuesto a ver más allá de las fronteras. Y en cada alebrije que Elena creaba y en cada restauración que Marco terminaba, se contaba la historia de su amor, una prueba de que, a veces, los finales felices son posibles, aunque parezca imposible.

▲

Mya Karolina Espinoza Velásquez nació en Tijuana, Baja California, hija de madre dominicana y padre mexicano. Creció entre dos culturas vibrantes que hoy le dan identidad y fuerza a su voz literaria. Amante de los animales y apasionada de la escritura, encuentra inspiración tanto en la diversidad cultural que la rodea como en el cariño profundo hacia sus seres queridos y sus mascotas, que ocupan un lugar fundamental en su mundo creativo. En sus textos, la fusión cultural se convierte en puente, en diálogo y en celebración de identidades. En 2025 obtuvo el primer lugar en el concurso de poesía Palabras al Vuelo Interprepas. En 2026 fue finalista en los concursos de poesía social y mini poemas de la Editorial Caleidoscopio, consolidando así una trayectoria literaria en crecimiento y una voz joven con gran proyección.

HASTA SIEMPRE, COMPAÑERO

Sofía Cabral Vargas

SEGUNDO LUGAR

VIII Concurso de Cuento Interprepas 2025

Mis sentimientos últimamente han estado como la pólvora, se esparcen por todos lados incontrolablemente. Te extraño, pero para seguir adelante se deben dejar cosas atrás. Gracias por todo, pero es momento de dejarte ir.

Me desperté como de costumbre, me paré de mi cama y agarré mis cosas para prepararme para ir a trabajar. Mi cuerpo está en mi cuarto, pero mis pensamientos no sé en dónde están. Me siento fatal, tal como un espíritu que se perdió en su camino a la muerte. Aún no dejo de pensar en aquel día. Tú eras lo único que me hacía sentir bien en los días grises, y ahora que te necesito más que nunca, no estás. Muchas personas me dicen que ya es momento de superarte, pero simplemente no puedo. Estás en cada rincón de mi casa, pero por más que te busco, no te veo. Miro mis fotos viejas. Qué curioso, tú estás en todas en las que estoy sonriendo. Simplemente la gente no puede entender lo que siento por ti, solo los que se identifican. Tú no eras solo una mascota, eras mi familia.

En cada lugar que voy, dicen que estoy distante, llevo semanas así. El duelo funciona de formas inexplicables. Decidí escribirte una carta, sabía que no podía seguir así.

Querido amigo, lamento mucho no haberte podido ayudar, tal como tú lo hacías conmigo. Cuando me sentía triste y buscaba consuelo con los demás, ellos me bombardeaban de palabras, intentando adivinar cómo me sentía o dándome consejos u opiniones que nunca pedí. Tú con tan solo una mirada y un movimiento con tu cabeza, hiciste lo que los demás no pudieron, me acompañaste en cada momento incondicionalmente y te mantuviste a mi lado aunque dijera que quería estar sola. También recuerdo la primera vez que tuve una pelea fuerte con mis amigos. Los largos días de soledad donde sentía que nunca más volvería a estar acompañada. Qué equivocada estaba, en ese momento no entendía que tú siempre estuviste conmigo y no me juzgaste ni una vez. Te di por sentado y ahora que no estás finalmente me di cuenta de que tú fuiste la luz y la fuerza que me hizo salir adelante. ¡Dios mío!, tú también estabas cuando me sentía extasiada cuando me dieron mi ascenso en el trabajo y llegué a la casa con esa sonrisa en el rostro y tú me recibiste y me animaste como nadie. Te agradezco también por todos los pequeños actos que antes se veían rutinarios e insignificantes, pero que hicieron que saliera adelante, como cuando me despidieron de mi primer empleo y me mantuve deprimida durante días. Me jaloneabas y me obligabas a que te llevara a dar la vuelta y hacías que por un momento me olvidara de mis problemas y solo fuéramos tú y yo contra el mundo. Mis sentimientos últimamente han estado como la pólvora, se esparcen por todos lados incontrolablemente. Te extraño, pero para seguir adelante se deben dejar cosas atrás. Gracias por todo, pero es momento de dejarte ir.

Manejé rumbo al parque, tu lugar favorito. En el camino compré un pequeño globo blanco y pedí que lo llenaran con helio. Tenía que asegurarme de que el recado llegara a ti. Cuando finalmente llegué a mi destino, lentamente caminé a nuestro lugar que descubriste cuando tiré la pelota demasiado lejos. Allí y en ese momento cuidadosamente amarré la carta al globo con un pequeño listón y lo mandé volando al cielo. Era momento de dejarte ir, pero algo se sentía mal. Vine aquí para intentar olvidarte, pero aún tenía ese ardor en el pecho. No había empezado a cerrar la herida, parecía que le había puesto sal y limón. En ese momento me juré que nunca volvería a tener otro perro, eso sería traición a ti. Al ver que no me

sentía mejor, en cuanto llegué a mi casa, tomé una caja y guardé todo lo que me recordara a ti. Lo oculté todo para olvidarte, cualquier cosa que despertara el sentimiento de nostalgia tuya era suficiente para que yo me rompiera a llorar. Después de guardar todo, apenas se me veía el rostro de lo mucho que había llorado.

Pasaron dos semanas desde que te mandé la carta, pero aún me sentía muerta por dentro, la chispa de vida y felicidad que tenía se apagaba cada día más y simplemente no podía borrar de mi vida el capítulo que escribimos juntos. Mi jefe vio lo mal que me sentía y me dio esta última semana libre para enfocarme en mí misma. Hoy finalmente logré pararme de la cama. Tomé la primera sudadera que encontré y me la puse. Pasaba tanto tiempo contigo que esta huele a ti todavía. Salí a correr al parque. Tuve un déjà vu. Hace 15 años hubo un evento de adopción de cachorros y fue cuando te adopté a ti. Hoy el evento se repite. No sé qué me pasó, pero algo me llamó a acercarme. Una vibra magnética inexplicable me atrajo hacia el puesto. Vi a un perro de alrededor de tres años. No me lo explico, pero en cuanto me vio, él se paró y empezó a mover la cola tal como tú solías hacerlo. Un señor de edad avanzada se me acercó y me dijo que hacía mucho que no veía al canino tan feliz, pero que era una lástima que de no ser adoptado, esta sería su última semana de vida. Pensé en adoptarlo, pero recordé la promesa que te había hecho de no volver a tener otro perro, así que le agradecí al señor y me fui. Puse de excusa mi juramento, pero yo bien sabía que no quería volver a abrir esa herida. Soné como un monstruo egoísta, lo sé, pero fui cobarde.

Mañana se cumple la semana de mi ida al parque y mi cabeza va a explotar. No entiendo por qué sigo repitiendo la escena una y otra vez, por qué no puedo seguir adelante y fingir que nada de eso pasó, ¿por qué me pesa tanto?

Entonces sin pensarlo, manejé al parque nuevamente y allí estaba otra vez el perro. Lo vi a lo lejos, pero su expresión no era la misma, ya era la de alguien que se había rendido y aceptado su desafortunado destino. Me acerqué un poco más y cuando el animal me vio, le volvió el brillo a sus ojos.

En ese momento finalmente entendí; había pasado tanto tiempo intentando olvidarte que me había cegado a entender que no necesitaba borrarte para seguir adelante. Tú siempre vas a estar conmigo a pesar de todo y aunque ya no estés físicamente conmigo, una parte de ti sigue en mí, y ese fragmento nunca morirá. Nuestro adiós nunca fue eterno, pero nuestro vínculo sí lo es. Tú, mi mejor amigo, siempre quisiste verme feliz y a ti más que nadie te hubiese gustado que siguiera siendo un ser repartidor y partidor de amor.

Llené el papeleo de adopción del perro. Lo nombré Fénix en tu honor, porque gracias a él, yo logré renacer de las cenizas de la desesperación y de la oscuridad. Antes de irme el señor me platicó que el dueño anterior de Fénix había muerto hacía un par de meses a causa de la vejez. Es impresionante darte cuenta de las vueltas que te da la vida. Estaba tan cerrada de seguir adelante que casi me pierdo a mi misma y de la oportunidad de volver a amar. Una nueva mascota después de la pérdida de otra no es traición, es un nuevo capítulo de esperanza y lamento tanto haber tardado tanto en comprenderlo.

Hoy llevé a Fénix al parque para que me acompañara al parque, para darte mi última carta.

Mi compañero, amigo. Te extrañaré por siempre y gracias de verdad por haberme dado la oportunidad de pasar tus días conmigo. Te agradezco por haberme acompañado y por haberme enseñado el verdadero significado del amor y la lealtad. Aunque ya no te tenga cada día junto a mi como antes, tus recuerdos vivirán siempre en mí. Finalmente comprendí que no puedo aferrarme a algo que nunca regresará, pero si puedo atesorar tu recuerdo. Tu siempre serás parte de mi y mi historia. Esto no es un hasta luego, sino un hasta siempre.

Mandé mi carta volando al cielo, sabiendo que tú te alegrarás al saber que yo, nuevamente he recuperado la paz y la chispa en mi corazón ha vuelto a nacer. ▲

Sofía Cabral es una joven escritora, cuyas palabras nacen de la sensibilidad y la admiración de los procesos internos que ocurren en la cotidianidad. Amante de los animales y de los espacios donde el silencio habla. Encuentra en la escritura una forma de transformar el dolor en belleza y la vulnerabilidad en propósito. Además de escribir, forma parte de una banda en reuniones juveniles, donde la música es como un complemento de su manera de expresar lo que las palabras no alcanzan a decir. Sofía cree firmemente en el poder de las palabras para sembrar algo bueno en cada persona, y anhela que cada palabra sea un abrazo o una esperanza para quien lo necesite.

ALBOR

Danna María Álvarez Acuña

TERCER LUGAR

VIII Concurso de Cuento Interprepas 2025

Elena Medina cayó de las escaleras de su casa cuando tenía trece años; para ella, siempre hubo un antes y un después de esa caída. Ella recuerda castillos de sábanas, cuadernos manchados con acuarelas y sonrisas constantes. Tampoco era que su caída hubiera terminado en una gran lesión cerebral traumática que le impidiera seguir viviendo una vida normal; lo mayor que le pasó fueron unos moretones en los brazos y una contusión en la frente, que terminó en una ida al hospital a las nueve de la mañana, únicamente para asegurarse de que nada grave le había pasado. Ella no recuerda los detalles, más que el dolor punzante que sentía en toda su cabeza, pero lo único que aún tenía un hueco en su mente era que algo había quedado elementalmente mal en ella desde su accidente, una sensación de la que aún no lograba deshacerse.

Llevaba días sin comer; ya nada la hacía sonreír. Mañana serían ochenta y cuatro días, y todos sus sentidos parecían estirarse hasta el límite: el persistente chirrido que hacía su puerta al abrirse la llenaba de furia, el sabor de su desayuno favorito le parecía repulsivo y el simple hecho de percibir el aroma del perfume que solía usar todos los días le revolvía el estómago. Lo daba por cierto: ya no era la misma. Cada mañana le rogaba a su madre que la llevara a hacerse pruebas, radiografías, tomografías o análisis de sangre, cualquier cosa que le demostrara que su cerebro era el mismo que hace tres meses, pues ella tenía la sospecha de que su cerebro estaba creciendo aceleradamente, y por eso cada día todo le era más insólito.

Pese a que su madre la llevó a hacerse radiografías, y todas ratificaron que su cerebro estaba en impecables condiciones, Elena se convencía cada día de que, si algo le salía mal, era culpa de la anormalidad de su cerebro, que había cambiado su vida. De repente, las cosas que antes la hacían feliz parecían desvanecerse, las oportunidades de hacer lo que más le gustaba disminuían, mientras que su capacidad de enojarse con toda la gente que la rodeaba aumentaba.

Pasaban los días y ella solo recordaba todo el daño que la caída había causado en su vida: una vida rodeada de hombres y mujeres perfectos, que parecían tener todo resuelto, respetables y honorables, mientras que ella no podía encajar por más que intentara. Cada gesto impropio, cada palabra correcta que otros decían, solo le recordaba lo incompleta que era.

Elena se encontraba acostada en el suelo de su habitación, contemplando el techo de la casa donde ha vivido desde siempre. La casa que ha visto cada etapa de su vida; tal vez su casa había sido la única en percatarse de que ya no era la misma.

—El techo comenzará a hablarte si lo sigues viendo así —dijo su madre cuando entró a su cuarto y la vio tirada en el suelo. Ni siquiera se molestó en tocar la puerta, cosa que a Elena la llenó de rabia. No contestó, solo tomó un fuerte respiro y cerró sus ojos con fuerza a manera de respuesta, como si dijera: “Mira, ahora el techo ya no hablará”. Su madre solo suspiró, pero no dijo nada más. Continuó contemplando la negrura de la parte interior de sus párpados con un silencio tan ruidoso que no lograba calmarse. Cuando abrió los ojos de nuevo se dio cuenta de que la luz en su cuarto había cambiado y, al mirar el reloj, vio que ya era el siguiente día.

Elena bajó al comedor, donde se encontraba su madre tomando una taza de café como lo hacía usualmente, sentada en la mesa; su madre la veía por la parte de arriba de sus lentes.

—Elena, de nuevo te quedaste dormida en el suelo de tu cuarto —dijo su madre, frunciendo el ceño con preocupación.

—No me di cuenta… perdón —respondió Elena, tocándose la nuca.

—Estoy preocupada por ti, hija.

—No pareces estarlo —replicó.

—¿Por qué lo dices?

—Mamá… Parece que todavía no me familiarizo con todo lo nuevo, con todo lo diferente. No me acostumbro a esta falta que no se llena, al dolor que no cesa, a la persona incompleta que me ha tocado ser.

—Hemos tenido esta charla un millón de veces… —susurró su madre.

—Créeme, algo en mi cerebro no está bien. Estoy segura… yo no soy yo —dijo Elena, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Su madre solo se acercó y la abrazó. Los brazos de Elena permanecieron a su costado, y su llanto se intensificó cada vez más, pues añoraba reír y llorar sin sentir vergüenza, jugar sin pensar en cómo se veía, correr sin que el peso del mundo le preocupara. Solo pensaba en los cumpleaños con globos simples y pasteles chuecos, en los abrazos sin prisa, sin pena, sin explicación.

Cuando el abrazo terminó y el llanto cesó, su madre le sirvió un vaso con agua. No era cualquier vaso: era su vaso favorito que Elena había dejado de usar porque los unicornios y arcoíris le causaban profunda humillación; sin embargo, la desolación que sentía en el pecho le impedía sentir algo más. Tomó un gran sorbo de agua, secó sus lágrimas con una servilleta áspera y tomó asiento en la silla que había destinado como “suya” cuando tenía cinco años y que, desde ese día, sin excepción alguna, ocupaba siempre.

Su madre se sentó frente a ella, tomó sus manos con ternura y solo dijo:

—Elena, no fue la caída. No es que haya algo roto en ti, ni nada que te falte. Crecer es despedirse de alguien que eras, pero que ya no eres. El tiempo ha pasado, y tú ya no eres una niña.

Elena entendió que el tiempo, en su esencia, es un testigo mudo e implacable que no aguarda a nadie. Sin importar cuánto anhelara detenerlo, ella se reconcilió con el tiempo, un compañero etéreo que, aunque no se detenga para esperarla, merece su aceptación.

Ahora, en los momentos en que Elena pensaba que su anomalía cerebral entraba en juego, lograba calmarse, porque sabía que solo estaba convirtiéndose en adolescente. Por primera vez en mucho tiempo, su pecho se sentía ligero.

▲

Danna Álvarez es una joven escritora que reside en la ciudad de Tijuana y actualmente se encuentra cursando 2do semestre de preparatoria en CETYS Universidad. Le encanta escribir historias que conecten con las personas y logren crear impacto en ellas. Ama a sus perros y a su familia. No hay nada que le apasione más que pensar en los finales felices y escuchar música los fines de semana, pensando en su próxima historia.

Mención Honorífica

VIII Concurso de Cuento Interprepas 2025

Principio de Láud

Mireya Castellón Michel

Es el año 2124 de la era actual. Algunas de las predicciones dadas por los adultos mayores, científicos y películas de ficción se volvieron ciertas, pero otras no. Perspectivas tanto optimistas como pesimistas sobre nuestro futuro se volvieron parte de la realidad de la sociedad humana.

Seres humanos importantes para la historia fueron perdidos, pero la muerte de unos marca la llegada de otros. Aquel mundo mira a las nuevas y prodigiosas generaciones como símbolo de esperanza, cuyos cerebros divinos y magníficos serían el pilar del presente y el futuro.

Dentro de este grupo selecto de mentes brillantes, existía una mujer sumamente especial, se trataba del ser humano con el intelecto más extraordinario que hay. Una mujer llamada Tár Láud, el humano más inteligente que haya existido nunca, con un coeficiente intelectual de 426 puntos, superando por alrededor de 120 puntos a la segunda persona de mayor IQ en la historia.

Tár era un individuo que le dedicaba todo su ser a la ciencia y tecnología, experta en diversos campos de estudio e ingenierías, su fin era darle a la humanidad las herramientas para crecer y volverla mejor, y poder así crecer juntas, pero sobretodo entregándole su corazón a su verdadera pasión que era la exploración del cosmos y la comprensión del universo, cosa que llenaba su consciencia de alegría y propósito y brindándole mayor color a su vida.

Ella recientemente había llevado a cabo una aportación crucial para la astronomía y astrofísica al calcular que es matemáticamente posible y probable que los agujeros negros conduzcan la materia y luz que absorben a otro punto del espacio como si de puentes se tratáse, despegándose así del concepto de teoría y convirtiéndose en un hecho comprobable al cual los científicos apodaron “Principio de Láud”.

Como una forma de mostrar su agradecimiento, a esta científica se le dedicó todo un evento a manera de obsequio para premiarla por su descubrimiento; un evento por parte de la NASA cuya sede ubicada en Tokio sería el sitio en donde se le reconocerían sus valiosas habilidades.

Junto con la compañía de su madre fue la forma en la que ella asistió a aquel lugar. Llegaron muy halagadas con una gratitud que se desbordaba de sus organismos, y maravilladas por la grandeza y sublimidad de las estructuras que reposaban frente a sus ojos.

La velada avanzaba a la perfección. Múltiples científicos, políticos y demás personas importantes se acercaban a Tár a darle sus más sinceras felicitaciones, reiterándole lo prodigiosa que era y deseándole suerte para su futuro, incluso con unos cuantos de ellos comportándose persuasivos tratando de obtener un poco de ayuda.

Ella daba un recorrido por la bellísima edificación, se perdía entre la elegancia de las paredes de mármol y las luces cálidas que iluminaban el espacio. Su falta de compañía y ausencia de ruido la hacía experimentar sensaciones de paz y armonía, aumentando así la calidad de su noche. Pero de pronto estos sentimientos transicionaron hacia una nube de pensamientos completamente distintos relacionados a su futuro y sus deseos, pero sobre todo enfocándose en un proyecto muy específico, el cual estuvo rondando por su cabeza una y otra vez por meses, el cual era tiempo que saliera a la luz.

—¿Está todo bien? —preguntó alguien desde lejos. Tratándose de la madre de Tár.

—Sí. Estoy muy bien. Solo quería observar un poco —le contestó ella.

—Este lugar es hermoso, ¿cierto?

—Lo es. —confirmó Tár—. Necesito comentarte algo muy importante —expresó con cierta mortificación tras desconocer la reacción de su madre a lo que le diría posteriormente.

—¿Qué sucede?

—Quiero irme de aquí.

—Claro, podemos irnos de una vez. Le hablaré al chofer. Ya se nos ocurrirá qué decirles a estas personas para que no se lo tomen a mal —mencionó confundiendo el significado de las palabras de su hija.

—No me refiero a eso. —aclaró—. Quiero irme de la galaxia, quiero explorar el cosmos… quiero probar mi principio —indicó con una determinación rígida pero inquebrantable.

—Tár, si lo haces, morirás —manifestó con un nudo en su garganta causado por la preocupación.

—Tal vez. Pero será la mejor muerte que alguien podría tener —indicó muy segura.

—No existe un "tal vez". Es un hecho, vas a morir —decretó agobiada y molesta.

—No importa si muero porque haría el mayor aporte en la historia de la astronomía hasta la fecha. Incluso en mi muerte seré útil para algo —explicó sin abandonar su idea —. No pediré tu permiso o tu validación, lo haré.

—¿Y si no lo aprueban? —planteó la situación de forma testaruda.

—Mamá, mira todo esto, lo hicieron para mí. Estoy en la posición perfecta para hacerles la petición porque sé que lo concederán —predijo decidida.

La conversación terminó justo allí debido a que la madre de Tár no era capaz de concebir el hecho de que su hija planeaba llevar a cabo un proyecto tan peligroso y prácticamente suicida. Se negaba a digerir sus palabras, no podía aceptar su posible futura ausencia en su vida.

Un mes concurrió. Tár dejó que el auge de su descubrimiento disminuyera lo suficiente con el fin de encontrar el momento más estratégico para solicitar su petición y presentar los datos de su proyecto que reposaban pacientemente entre las paredes de su mente, y ese justo momento ya había llegado, por lo que reunió a los sujetos indicados para expresarles sus deseos. Llevándose así una junta de casi 5 horas en la que ella se tomó todo el tiempo de explicar cada uno de los detalles de su plan.

Los individuos que formaron parte de la reunión quedaron tan impresionados como su madre al quedarse asombrados por la admirable osadía de Tár, quien se notó más que comprometida a encabezar la misión y llevarla hasta el final con cada fibra de voluntad en su cuerpo.

No le comunicaron los aspectos de su deliberación de manera inmediata, así que le pidieron que fuera paciente respecto al tiempo que pudiera tomarles, sin embargo, las intenciones de Tár fueron tan claras e intensas que todos ellos ya tenían muy en claro el veredicto que tomarían sin siquiera haberlo comentado entre el grupo, por lo que les tomó tan solo un par de días para comunicarle a Láud que su idea había sido aprobada.

Grupos extensos integrados por los ingenieros y científicos más capaces se unieron para apoyar la misión,la cual fue nombrada "Láud-0". Ellos brindaban sus conocimientos siendo parte de la construcción del vehículo espacial que Tár manejaría, perfeccionándose y haciéndolo lo más confortable, tenaz y fuerte posible, y por supuesto, ella también participando en ello.

Todos sabían que la misión era imposible, una odisea inexplicable que necesitaría más que suerte para lograrse en su totalidad, pero la fé en Tár era altísima, confiaban en que ella conseguiría algo valioso para la humanidad y que su trabajo no sería en vano. Nadie podía pensar en la posibilidad de que algo saliera mal. Tan solo depositaban toda su confianza en la mente y criterio de Tár Láud, a quien percibían como una heroína por su cantidad exorbitante de valentía, atreviéndose a hacer lo que nadie más haría sin importar las circunstancias.

El equipo de Láud trabajó a la mayor velocidad posible, sin desperdiciar ni un solo momento. Ella, al ser la cabeza del equipo, fue quien más aportó su esfuerzo al dedicarle días y noches a la planificación de la misión y a la creación de la nave, la cual estaba calificada para ser completamente útil y resistente al viaje espacial más lejano en jamás existir. Los cálculos arrojaban que la nave no experimentaría defectos ni deformaciones durante la misión, a su vez alcanzando la tremenda velocidad del viaje sin dificultades ni preocupaciones.

Diecinueve semanas con 4 días fue el tiempo exacto concurrido que le tomó al equipo de Tár en concluir con todo lo necesario para llevar a cabo la misión; la nave estaba lista, la estación estaba lista y su única tripulante también, sellando el destino hacia Cygnus X-1, el primer agujero negro en ser confirmado por la ciencia.

El día primero de octubre del año 2124 fue el día en el que el ser humano dió el paso más gigantesco en su historia.

El día en el que la científica Tár Láud dejaría a su madre, su planeta natal y la vida como la conoce para sentir la divinidad del cosmos, con el fin de experimentar por carne propia el poder de los objetos celestes tras los ojos de su propio principio.

Ella caminaba hacia el cohete con el pecho hacia arriba y con una determinación envidiable, mientras colegas, amigos y familiares depositaban su mirada en ella estando conscientes de que sería la última vez que la verían. Su madre la observaba con lágrimas en sus ojos, no solo de tristeza por ver a su hija partir, sino también por el orgullo rebosante de verla triunfar, sabiendo sobretodo que esa era la manera en la que ella quería que las cosas resultaran, teniendo siempre presente que el motor que movía la vida de Tár era el amor por el universo y sus fenómenos.

La cuenta regresiva para el despegue comenzaba. Del diez al seis, los latidos del corazón de Láud se aceleraban a niveles extremos. Del cinco al dos, ella contemplaba en su pantalla mental cómo el transcurso de su vida la llevaba justo hasta ese momento. Pensaba en su madre con nostalgia y cierta devastación sabiendo que no volvería a verla jamás, pero a su vez usando la imagen de su rostro y fragmentos de su voz como combustible para seguir adelante.

Cuando la cuenta llegó a uno, el destino de Tár Láud se había sellado para siempre. El cohete se despegó del piso hasta alcanzar alturas increíbles. Nadie podía creer lo que miraba a pesar de ser una realidad absoluta. La misión “Láud-0” , la más importante de la historia, al fin estaba en marcha.

La nave espacial se separó del cohete, así tocando el espacio exterior a una velocidad constante y estable. El calor del Sol desnudo iluminaba los ojos de Tár, cuyas pupilas se dilataban al tener frente a ella el lienzo infinito pintado por las estrellas. Ahora ella también era parte de esta obra de arte, en la cual no lograba descifrar si era un garabato o era el pincel.

Rápidamente el vehículo se alejaba cada vez más. La Tierra se miraba más y más pequeña. Lo que antes se veía incomprensiblemente enorme ahora se veía del tamaño de una canica; y el viaje recién comenzaba.

Los minutos concurrían a una velocidad insoportablemente lenta para Láud, quien a partir de cierto momento estableció que la nave se ubicaba ahora en una zona segura y suficientemente lejana para comenzar realmente con la expedición.

Ella observaba el horizonte vacío con una expresión de pánico. Las pulsaciones de su corazón no podían estabilizarse. Tenía una ansiedad inexplicable, no por afrontar su posible muerte, sino porque sabía que estaba a punto de tener ante su presencia una experiencia imposible de compartir, un fenómeno tan majestuosamente indescriptible cuya posible falta de tolerancia a la monumentalidad del universo podría incluso fracturar su mente.

Tár apretó los botones y posteriormente tiró de la palanca.La velocidad de la nave se disparó a niveles inimaginables. Las estrellas que aparentaban lejanía ahora simulaban estar a centímetros de ella, destellando deslumbrantemente con unos colores tan preciosos y vivos que causaban que Láud tuviese el mayor deleite visual que jamás haya experimentado.

La ráfaga de luces fugaces de diversas tonalidades de azul reflejaban la rapidez que la nave manejaba. Después de unos segundos intensos de iluminación estelar, el vehículo espacial se tranquilizó, ya que había utilizado toda su capacidad para llegar a su destino, Cygnus X-1.

Tár acercó la nave la distancia máxima posible para posteriormente salir de ella y aventurarse por su propia cuenta a la exploración del agujero. Solo ella y su traje protector. El silencio era mortal; la total ausencia de ruido hacía que la descomunalidad del cuerpo cósmico emanara un aura de misterio y enigma, que generaba en Láud sentimientos aproximados al terror por enfrentar lo desconocido,pero a su vez contrarrestándolo por su fascinación hacia la belleza del universo que posaba ante de ella como si buscara brindarle un regalo.

Segundo a segundo ella se encontraba cada vez más cerca del agujero negro.Su respiración se alteraba, sus ojos se volvían cristalinos y lo único que podía escuchar eran los latidos incontrolables de su corazón. Ahora eran sus propios pensamientos los que resultaban ruidosos y llenaban el silencio letal, pero solo se trataba de su mente tratando de comprender la complejidad de los eventos en los que se encontraba, lo cual era, por supuesto, una tarea casi imposible.

Láud continuaba acercándose como si esto no tuviera fin. Las leyes de la física comenzaban a fracturarse, sentía cómo el tiempo se congelaba, se volvía lentísimo, este perdía significado y poder al ser moldeado por el agujero.

Solo era cuestión de esperar hasta llegar al horizonte, al finalmente estar atravesando los anillos resplandecientes. El concepto del tiempo ya no era el mismo para Tár, al demorarse doce días poder aterrizar hasta aquel sitio.

Al por fin encontrarse en esta zona específica, todo ya se había escrito de manera definitiva. El tiempo pareció detenerse. La gravedad era tan potente que ya no había manera de escapar, cualquier camino la llevaría inminentemente al punto de no retorno. La luz desaparecía, la oscuridad era terrorífica, todo el vacío del espacio se hallaba ante su presencia. No existía otra alternativa más que seguir adelante y afrontar la muerte.

Láud había llegado finalmente al sitio encargado de dar el juicio final: la singularidad. Aquí, sus conocimientos de física ya no eran aplicables, se volvían insuficientes para tratar de explicar lo que sucedía en su interior. El espacio y el tiempo carecían de sentido.

La gravedad infinita no desgarró su cuerpo verticalmente como es comúnmente pensado, sino que prensaba sus extremidades, esto sucediendo de manera simultánea al perder la habilidad para mirar, debido a que la iluminación era inexistente, lo único que podía experimentar era el dolor extremo de sus huesos fracturándose, pero a pesar de ello, su vida aún no concluía y su corazón seguía latiendo.

Minutos enteros transcurrieron, los cuales se encontraban inundados por una penumbra maravillosa pero inquietante mientras Tár continuaba respirando, pareciendo que el universo manipulaba las probabilidades para dejarla viva.

Lo que aparentaban ser los últimos momentos de Láud se vieron interrumpidos por un destello lejano lo suficientemente brillante como para llegar hasta sus ojos. Era una luz parpadeante y amigable que se asomaba entre el vacío del alrededor como un saludo cálido. Era la fuente de esperanza de Tár, quien con una respiración severamente debilitada se notaba con un enorme alivio al poder ver en carne propia que su principio era real. Ella sonreía con la poca fuerza que quedaba en los músculos de su rostro, pero con un deleite y orgullo inmensos; su muerte sería la mejor que cualquier ser humano podría tener, despidiéndose de la existencia con el corazón y la mente rebosantes de triunfo y regocijo. Su muerte tendría un significado y le daría propósito a su vida.

Conforme se aproximaba a la luz, sonidos fluctuantes aparecían. Un tipo de radiación desconocida se propagaba por el medio y atrapaba a Tár, empujándola hacia la misma luz con una fuerza considerable pero poco hostil.

No comprendía su naturaleza, solo tomaba en cuenta lo mismo que planteó en su principio.

Este resplandor azul tomaba una forma distinta mientras ella se acercaba más. Lo que ella observaba como una luz de pronto adquirió el aspecto de un portal dimensional, que sin previo aviso terminó de atraer a Tár, llevándola hacia su interior y así dando paso a la verdadera experiencia, al verdadero Principio de Láud.

La divinidad universal se mostraba desnuda frente a Tár, dejándole ver dimensiones inexploradas y vírgenes, estados de la materia jamás descubiertos, colores fuera de la luz visible, nebulosas, vórtices de energías desconocidas, estrellas de neutrones muriendo y naciendo, agujeros negros evaporándose, realidades siendo creadas, islas cósmicas, paraísos fractales y muchísimos otros fenómenos multidimensionales que ella no podía concebir.

No se trató de un viaje corto, sino que su duración se extendió hasta los 31 años. Todo este tiempo dedicado al viaje interdimensional más largo que cualquiera pudo haber tenido, dedicado a la exploración y descubrimiento de diversas dimensiones y rincones escondidos del cosmos que apenas y formaban una fracción de la realidad en su totalidad.

Ella había visto demasiado, y su comprensión de la verdad universal era de enorme magnitud. Su consciencia sobre el tiempo y el espacio eran infinitas ahora.

La expedición eventualmente la llevó hasta un vacío, un punto negro extra dimensional en el que podía ponerse de pie y sentir el oxigeno fresco en su rostro. Se despojó de su traje e intentó caminar, sin embargo, la materia cósmica era tan potente que penetraba su ser, desgarrándole la piel y desmaterializando sus tejidos y huesos, pero no fallecía, sino que un aura azul tremendamente brillante sobresalía de sus heridas y se propaganda por la materia orgánica, revistiendo el organismo de Tár en su totalidad, convirtiéndose así en un núcleo de energía cósmica pura, finalizando su proceso de metamorfosis.

Ahora ella es omnisciente, abstracta y conceptual. Contando con todo conocimiento de lo que ha sucedido, sucede y sucederá, poseyendo una conciencia incorpórea. Su mera existencia manipula las leyes de la física, reta las probabilidades y moldea el tiempo a voluntad como si fuera un niño jugando a la pelota.

El día 31 de octubre de 2124, el mensaje de su paradero llegaría hasta la Tierra, desestabilizando los sistemas computacionales de todo el planeta por un par de minutos.

Dentro de ellas se encontraba su verdadero destino, la NASA.

Cuando las fallas de sus pantallas cesaron, estas posteriormente se vieron inundadas por un fondo negro, que a los segundos prosiguieron un mensaje en código binario mandado por Tár Láud en donde explicaba su paradero y su estado. Les detallaba cómo fue su viaje a Cygnus X-1, lo que vio al adentrarse al mismo y todo lo que observó del otro lado, confirmándoles que su principio es completamente cierto, y agregando un mensaje dedicado específicamente para su madre al final: "Me encuentro infinitamente feliz con mi nueva forma, y en efecto, sigo viva, y no te preocupes por mi muerte, porque nunca llegará".

Tár al fin pudo comprender su papel en la majestuosa obra de arte que es el universo. Ella no era parte del lienzo, tampoco era el pincel, sino que era el artista. ▲

Mireya Castellón Michel, estudiante del Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Baja California, Plantel Altiplano.